

—Abrázame, Magdalena, abrázame, dijo á su esposa arrojándose á su cuello.

—¿Pues qué hay de nuevo, qué te pasa? exclamó ella con asombro.

—Lo que hay. . . . lo que me pasa es. . . . tú lo sabes bien, que iremos los dos juntos á cumplir con el precepto Pascual. Lo que hay es que tú y yo seremos de aquí en adelante dos buenos cristianos en la más rigurosa acepción de la palabra! Acabo de saldar mis cuentas todas. . . . aun las que tenía con Dios!

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)



IMPORTANTÍSIMO

A LOS PADRES DE FAMILIA.

El día 9 de Enero del año próximo de 1899, con el auxilio divino, se inaugurará el COLEGIO DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA, SECUNDARIA Y SUPERIOR que, para Niñas y Señoritas, este CENTRO GENERAL DE LA OBRA DEL CATECISMO ha logrado establecer en la casa

NÚM. 10 DE LA 3.^a CALLE DEL RASTRO

de esta capital,

SÉ RECIBEN ALUMNAS INTERNAS.

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.
Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.^a EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINUA.)

- P. *Siendo Dios inmortal, ¿cómo pudo morir?*
R. *Porque junto con ser Dios era también hombre mortal.*

Jesucristo en cuanto que es Dios, no pudo padecer ni morir, porque la divinidad es esencialmente inmortal; padeció y murió en cuanto que es hombre, y como verdadero hombre sí pudo padecer y morir, y padeció y murió verdaderamente, según lo hemos ya explicado; esto es, en el momento de expirar en la cruz su alma se separó del cuerpo. Padeció y murió sólo en cuanto hombre, y sin embargo, decimos con toda propiedad que *Dios padeció, murió y fué sepultado*, por la razón que ya expusimos antes, y es que aunque en Jesucristo hay dos naturalezas, la divina y la humana, no hay más que una sola persona; por lo estrecho y perfectísimo de la unión de las dos naturalezas que no forman dos personas, sino una sola persona, Jesucristo. A la manera que de la

unión de la naturaleza corpórea y de la naturaleza espiritual en nosotros no resulta más que una persona que es el hombre constando de alma espiritual y de cuerpo material, así en Cristo Señor nuestro no resultó de la naturaleza divina y de la naturaleza humana que se juntaron, más que una sola persona divina, que comunica las propiedades de la una naturaleza á la otra, y así, lo que es propio de Dios se atribuye á la Humanidad, y lo que es propio de la Humanidad se atribuye á Dios; por lo que se dice, Dios padeció, Dios murió, etc.

P. Por qué escogió muerte de cruz?

R. Porque cuanto era más ignominiosa y penosa, fuera más meritoria y gloriosa.

Ya en otra parte lo hemos dicho, que morir crucificado fué en la antigüedad la manera más deshonorosa, é infamante con que se podía morir; porque la justicia humana reservaba ese patíbulo para los más famosos criminales; para los más viles y miserables esclavos. Este suplicio fué el que se dignó escoger nuestro amorosísimo Jesús para satisfacer la deuda del pecado, para dar su preciosísima vida y librarnos de la muerte del pecado. Aceptó y eligió la muerte que más le llenaba de rubor y de vergüenza, que más le humillaba haciéndole aparecer como el último y el menos digno de los esclavos para que entendiésemos el rubor y vergüenza que debemos sentir por el pecado, la horrible humillación, la incomparable bajeza, la indigna esclavitud

en que nos coloca ese monstruo del averno; para hacernos conocer lo infinitamente espantosa que es la muerte merecida por la culpa, muerte de la cual se dignó librarnos con la que padeció en la cruz y con la cual alcanzó para sí y para nosotros los más ennobrecidos y los más preciosos merecimientos, de honor, de dignidad, de grandeza y de gloria.

P. ¿Qué entendéis vos por los infiernos?

R. Cuatro senos ó lugares de las almas.

La palabra *infierno* se aplica generalmente á todo lugar inferior, situado abajo de nosotros, en las entrañas de la tierra; pero en la doctrina cristiana esa palabra *infiernos* designa especialmente aquellos lugares en donde quedan detenidas las almas privadas de la bienaventuranza celestial. Y así como esas almas se hallan en condiciones diversas, así también son diversos los lugares destinados á recibirlas.

P. ¿Cuáles son?

R. El primero es el *Limbo*, etc.

Los niños que tienen la desgracia de morir sin haber recibido el sacramento del Bautismo, aunque no hayan cometido ningún pecado personal, por estar manchados con el pecado original con que todos nacemos, no pueden entrar al cielo y quedan sus almas en la otra vida detenidas en el lugar ó seno que llamamos el *Limbo*, sin sufrir tormento ni dolor al-

guno, pero sí privados de ver á Dios cara á cara. El *Purgatorio* es el seno ó lugar en donde permanecen por un tiempo más ó menos largo las almas de los que mueren en gracia, pero manchados con una ó más faltas leves todavía no perdonadas, ó que son deudas á la Justicia divina de alguna pena temporal por los pecados mortales perdonados ya en cuanto á la pena eterna, pero de los cuales no se hizo aquí la debida penitencia ni se satisfizo completamente. El seno ó lugar que principalmente se llama *Infierno*, es aquel en que padecen y eternamente padecerán las almas de los condenados y son los que mueren en pecado mortal. Finalmente, llamamos *Limbo de los santos Padres* á aquel lugar en que se hallaban las almas de los patriarcas, profetas y de todas las demás personas justas que vivieron antes de la Pasión y muerte de Jesucristo. Porque aunque esas personas no tenían ninguna pena que pagar ó la habían ya satisfecho en el *Purgatorio*, no podían entrar al cielo sin que el Salvador con su muerte volviese á abrir las puertas de la Gloria que había cerrado la culpa del primer hombre. Así fué que estuvieron esperando su redención que pedían ardientemente con el fervor de sus deseos y de sus oraciones. A este *Limbo de los santos Padres* le llama la Escritura el *Seno de Abrahám*.

¿A cuál de estos senos bajó el alma santísima de Jesucristo?—Que bajó realmente á los *infiernos*, no hay duda, es verdad de fe consignada con toda claridad en el Credo y en las santas Escrituras, en las

que Jesucristo por boca del salmista dice á su Padre: *No dejarás mi alma en el infierno, ni darás á tu santo ver la corrupción.* (Salmo XV. 10.) Mas para entender bien esto, es preciso advertir con Santo Tomás de Aquino que una persona puede decirse presente en un lugar de dos maneras, por los efectos de su poder y por su presencia real. Así diremos que un monarca está presente en todo su reino por los efectos de su poder, cuando promulga las leyes, cuando castiga á los delincuentes, cuando premia á los buenos; y entendemos que su presencia es real si decimos que se halla en medio de su corte, en la ciudad de su residencia. Ahora bien; aplicando esto mismo al caso que nos ocupa, es de fe que Jesús bajó realmente en persona al limbo de los santos Padres; pero como la fe no nos asegura que haya bajado también realmente á los otros lugares, se admite, sí, que bajó á ellos virtualmente, esto es, por los efectos de su poder.

Podemos por consiguiente creer que el Salvador descendió real ó virtualmente á la cárcel del infierno, en donde se hizo sentir como triunfador y vencedor de los demonios, como juez severísimo que castiga á los malos, é infundió allí la mayor confusión y el más grande terror, como á la vista del monarca ultrajado se confunden y aterrorizan los traidores y rebeldes. Podemos también creer que real ó virtualmente bajó al *Purgatorio* á consolar á las almas de los justos dándoles su libertad, ó abreviando la duración de sus penas por la virtud de aque-

la sangre que acababa de derramar; y nada se opone á que creamos que fué á visitar á las almas de los niños del Limbo, no para sacarlas ni para atemorizarlas, sino antes bien para impartirles consuelo con cierta natural complacencia y alegría.

(CONTINUARÁ.)

MORAL

EL RESPETO Á LOS SACERDOTES.

(CONCLUYE.)

Por tratarse del bello espíritu de caridad que Jesucristo dejó en riquísima herencia á la Iglesia su mística esposa; por tratarse, volvemos á decir, de la caridad tan sabiamente fomentada y dirigida por el sacerdote católico, hemos tenido que mencionar siquiera las inmortales instituciones que el mundo debe á San Vicente de Paul. Entre éstas es necesario contar y encarecer sus benéficas *Conferencias*, establecidas por dicha nuestra entre nosotros; que han dado y seguirán dando opimos frutos de caridad para con los pobres.

En las *Conferencias* se ve, se palpa la existencia, el desarrollo, las trazas que se da la verdadera virtud para hacer el bien remediando las necesidades del alma y del cuerpo, pero todo con santa discreción, sin ruido, sin ostentación, sin lastimar en lo más mínimo la delicadeza del pobre, ya bastante atribulado con su pobreza.

Estas Sociedades ó Conferencias fundadas en casi todas nuestras Parroquias, se sostienen con las limosnas que se colectan entre los fieles y principalmente entre los asociados para el nobilísimo fin de socorrer á los gravemente necesitados. Por lo común no conservan fondo permanente, sino que hacen tantos beneficios como por el momento pueden hacerse. El oficio del visitador del pobre es bellísimo: hemos conocido á personas de distinguida posición social que haciendo á un lado las exigencias de su categoría, se han presentado en el hogar del pobre con modestia, con cariño, con afabilidad, con ternura, y luego dar cuenta en el consejo, describir con vivos colores lo que sus ojos han visto, é interesarse finalmente por que la bendita caridad extienda hasta allí su mano. Es que todavía alienta el espíritu cristiano á pesar del rudo materialismo de nuestros días.

Tal ha sido y debe ser la santa caridad enseñada por Jesucristo, predicada por sus sacerdotes y practicada por los verdaderos católicos. Y cuidemos de no confundirla con la aparatosa filantropía moderna, hija natural del liberalismo y muy conforme con la relajación de las costumbres. No negamos que puede haber diversiones honestas informadas por la caridad, es decir, inspiradas, realizadas y encaminadas al socorro de los necesitados. Como tales distracciones nada se alejan del espíritu cristiano, pueden desearse, aconsejarse y hasta promoverse.

Pero no sucede lo mismo con aquellas diversiones

meramente mundanas que con toda verdad y gracia criticaba Selgas, poniendo de relieve la ridiculez con que por ese modo quiere hacerse la caridad.— En efecto, déjase ver lo bastante el egoísmo para que ni siquiera merezca el sonante nombre de filantropía; pues aquí el prójimo entra en último lugar y luego en último resultado, al cabo de las cuentas se queda fuera.

Casos habrá seguramente en que la beneficencia sólo sea un excelente pretexto para divertirse: á esas diversiones asistirán algunos por gana de gozar, otros por compromiso y no pocos por mera curiosidad; allí es más, mucho más, lo que se despilfarra en trajes y ostentación de lujo y placer, que lo que se destina á los pobres: de esto mismo suelen erogarse los gastos, por manera que se reunieron tantos miles de pesos y se remiten con toda puntualidad al asilo X, quedando todos satisfechos; pero á continuación empiezan á llegar recibos, y los pobres, como si fueran ricos, van pagando al que alquiló el local, al que se encargó de decorarlo, al que facilitó los asientos y los adornos, al que dispuso y sirvió el refresco, á los músicos, etc., etc.

Lo peor, á nuestro modo de ver, está en que desaparece el principio sublime de la caridad, y que los pobres palpan así el horrible contraste en los caprichos de la fortuna y quizá se encuentran ante una nueva decepción.

Resumen y conclusión.

Toda la sublime misión del Sacerdote católico tiene el sello divino: Dios mismo le escogió de entre el pueblo para que en virtud de la unción sacerdotal fuese constituido su ministro y, en consecuencia, dispensador de los tesoros de la redención. Todo en él nos revela á un hombre extraordinario, sin que pueda ocultarse su carácter sagrado ni aun en medio de las mayores miserias. Su tonsura y hábito talar manifiestan que se ha segregado del mundo; el método de vida que la Iglesia le ha prescrito, le pone en camino de la santidad que requiere la misma naturaleza de su estado y le hace padre de todos los fieles.

El sacerdote es quien por razón de su ministerio derrama sobre la cabeza del niño recién nacido el agua regeneradora del Bautismo, de este primer sacramento que, como dice la Doctrina cristiana, nos hace ser hijos de Dios y herederos de su gloria, es decir, que nos eleva á la dignidad de cristianos y nos abre las puertas del cielo.

Los labios del sacerdote guardan la ciencia, dice el Espíritu Santo por el profeta Malaquías; es el depositario de la ciencia de salvarse; es por tanto el maestro de todos, pero principalmente es el maestro de los niños, el que á imitación de Jesucristo debe rodearse de ellos atrayéndolos con amor paternal, con caricias para que pueda instruirlos en la reli-

gión: formarles el entendimiento y el corazón, imbuirlos mucho, muchísimo en la Doctrina cristiana para que esas divinas enseñanzas les sirvan de luz y de guía durante toda la vida.

¡Oh niños! desde que éramos pequeñitos como vosotros, nos acostumbramos á dar al sacerdote el dulce nombre de *padre*, porque vimos que nos amaba con ternura, que nos enseñaba con paciencia: no olvidaremos jamás el entusiasmo que supo despertar en nosotros al prepararnos para la *primera comunión*, el regocijo, la felicidad que mostraba al vernos tan satisfechos, la santa envidia que le causábamos y los recuerdos que hacía como ahora los hacemos.

No hay día que no veamos al sacerdote católico revestido de sus ornamentos sagrados acercarse al altar para ofrecer á Dios nuestro Señor la Víctima inmaculada por los pecados del pueblo.

Asciende frecuentemente á la cátedra del Espíritu Santo para instruirnos en las verdades de nuestra santa religión y recordarnos los deberes que tenemos que llenar para con Dios, para con nosotros mismos, para con nuestros prójimos, con el propósito de que alcancemos el alto fin que Dios mismo ha tenido presente al crearnos, al redimirnos, al recibirnos en el seno de su Iglesia y en cada una de las gracias que nos dispensa.

Es el sacerdote quien en el augustó tribunal de la Penitencia espera y recibe á los pecadores en nombre de Jesucristo; y con todos ejercita los oficios de

padre cariñoso, de solícito médico y de sabio maestro de las almas.

Lo que es sobremanera edificante, es verle en el cumplimiento del ministerio parroquial. Si lo llama su deber, irá de día ó de noche, por largos y quebrados caminos, expuesto al calor ó al frío, á la lluvia y á no pocos peligros; irá, decimos, á colocarse á la cabecera de un enfermo, sin mostrar repugnancia á la enfermedad, por asquerosa que sea; sin miedo de contagiarse. Va el sacerdote á consolar al afligido, precisamente cuando más lo necesita, cuando las dolencias más agudas patentizan toda la miseria de nuestra deleznable naturaleza. El caritativo sacerdote trae á la memoria del enfermo la heroicidad del padecimiento por Dios, es decir, la conformidad con la voluntad divina; le recuerda los desengaños de esta vida transitoria y la esperanza dulcísima del cielo.

¡Oh! sea quien fuere el sacerdote, en general son estos los justos títulos que tiene á nuestra veneración, respeto y gratitud.

Además, la grandiosa historia de la civilización cristiana nos dice en sus páginas cuánto y cuánto le debe en el cultivo de las ciencias y de las artes, en la educación de la juventud, en el desarrollo de las sanas ideas políticas, en la familia y en todas las fases de la beneficencia. Luego el sacerdote católico es acreedor á nuestra adhesión y agradecimiento.

De hoy en adelante recurramos al sacerdote para

que nos ilustre en la religión y nos enseñe el camino del cielo; busquémosle para que resuelva las graves dificultades que á veces surgen para conciliar los intereses humanos con los intereses de nuestra eterna salvación; mostrémonos agradecidos á su vida de sacrificio por el bien de los pueblos; démosle las muestras de nuestro respeto en todas partes y ante toda clase de personas; no permitamos nunca que en presencia nuestra se le denigre ó se ofenda en lo más mínimo su honor.

VARIETADES

VIII

DE PROFUNDIS. . . . ALLELUIA.

En la ciudad hay tres casas, tres casas, que se parecen y que no se parecen.

* * *

La casa de la izquierda: linda casa; tres ventanas arriba, dos abajo, y la puerta en medio; muros blancos, postigos grises y techo de pizarra.

Es el día de Pascua y son las ocho de la mañana. ¿Dónde está el señor?

El señor duerme aún, duerme á pierna suelta; dejémosle dormir.

Son las nueve. . . . ¿Dónde está el señor?

Duerme todavía; pero aguardad, no tarda en despertar.

¡Las diez! ¡La Misa mayor! ¿Dónde está el señor?

Vestido de bata, con la gorra griega en la cabeza y la servilleta al cuello, tomando su café.

Las once. . . . ¿Qué hace el señor?

Fuma y lee el periódico.

Medio día. ¿Dónde está el señor?

En este momento se anuda la corbata, se pone la levita, se atuza los bigotes, toma el sombrero, empuña el bastón: va á salir dentro de poco con la señora.

¡Ah! . . . pues ¿dónde está la señora?

Haciendo su tocado, cubierta con un peinador; apenas hará tres cuartos de hora que se está empolvando y perfumando: dentro de una ó dos horas se hallará lista y saldrá con su marido.

¡Qué hermoso está el tiempo! Brilla el sol, los árboles verdeguean, los pájaros cantan: todo convida á pasear. Y además es el día de Pascua, día en que se ostentan los vistosos trajes de Primavera. Todo el mundo sale para ver y . . . para ser visto.

Esta tarde la señora estará deslumbradora. ¡Sí por cierto! En torno suyo se oirá este cuchicheo: mirad qué donoso traje. ¡Oh! la encantadora mujer de Don Fulano de Tal.

¡Ahí tienen Udes. un matrimonio feliz! ¡Qué hermoso día de Pascua! ¡Día completo!

¡Dios mio!

¿Y creen Udes. que estas gentes *viven*? No, señor, están *muertas*. Y sobre los blancos muros de su morada cae el alegre sol de Pascua como sobre una tumba.

Están muertas y en el umbral de esa casa lloran hoy sus ángeles de guarda.

Y el ángel de Pascua al pasar resplandeciente de alegría, canta:

—*Alleluia*, hermanos míos, *alleluia*.

Y los ángeles custodios responden tristemente:

—¡Ay! En casa no tenemos resucitados: *De profundis*, hermano mío, *De profundis*.

* * *

La casa de en medio: linda casa; tres ventanas arriba, dos abajo, la puerta entre éstas; muros blancos, postigos grises y techo de pizarra.

La señora, la niñera, los niños, todo el mundo está en Misa.

El señor se aburre.

¡Qué! ¿él no va á Misa?

¡Él á Misa! . . . Si es *muy hombre*. ¿Qué se diría de él? ¿Qué diría *alguien*?

¡*Alguien!* ¡*alguien!* . . . ¿conocéis á *Don Alguien*?

Don Alguien personifica á todos esos haraganes que no tienen un adarme de carácter y que piensan, cada uno para sí: Comprendo bien lo que debo hacer; pero no lo hago; soy un afeminado!

No vaya Ud. á creer que *Don Alguien* sea la personificación de las gentes sensatas y de temple.

¿Éstas qué dirían si el señor fuera á Misa?

Dirían sencillamente que era todo un valiente *gallo*, y ahora dicen que es un gran *marica*.

Pero el señor teme más á los imbéciles que á los

sensatos, y por eso se queda solo la mañana de Resurrección y se entierra en su casa como en un sepulcro.

En un sepulcro, digo bien, porque este hombre es un cadáver. Los hombres de seso no lo estiman y Dios lo condena.

«Llevas nombre de vivo — dice Dios — pero estás muerto: voy á borrarle del libro de la vida.»

¡Ah! Si resucitara este muerto antes de que llegue la hora del castigo!

Pero entretanto, su ángel custodio llora en el dintel de su morada.

Y el ángel de la Pascua pasa cantando radiante de alegría:

—*Alleluia*, hermano mío, *alleluia!*

Á lo que el ángel de la esposa y los de los hijos responden:

—*Alleluia!*

Mas el ángel del marido solloza:

—*De profundis!* — hermano mío — *De profundis!*

* * *

La casa de la derecha: linda casa; tres ventanas arriba, dos abajo, la puerta en medio; paredes blancas, postigos grises, techo de pizarra.

EL PAPÁ.—Vamos, Margarita, ven á ponerme la corbata.

MARGARITA.—En el acto, papá, me estoy calzando las botas.

LA MAMÁ.—*Fanchón*, tráeme el vestido blanco de Bebé.

FANCHÓN.—Aquí lo tiene Ud., señora.

EL NIÑO JORGE.—¡Mamá! ¡los botones para mi camisa!

Todos hablan, se regocijan, se engalanan, salen de casa; todos van á la Iglesia.

¡Oh! ¡Dichosa familia! Pasa las primeras horas de la mañana en la casa de Dios. Vuelve al hogar por las calles más concurridas, donde el júbilo se desborda de las almas puras, como brotan del cielo azul los suaves rayos del sol! Por la tarde, el delicioso canto de Vísperas en acción de gracias por la comunión pascual! Después, el alegre paseo por la campiña, donde se respiran la tenue brisa y los delicados perfumes de primavera! Y al caer el día, reunidos los parientes y los amigos, las encantadoras cuanto inocentes y animadas pláticas y la sabrosa torta de Pascua!

¡No hay lágrimas en este día! Hay sí el goce embriagador del Paraíso.

Los ángeles custodios de esta familia están radiantes de alegría.

Y cuando el ángel de Pascua pasa cantando:

Alleluia, hermanos míos, *alleluia*; responden alborozados: *Alleluia, alleluia, alleluia!*

Y por todos los ámbitos de la casa resuena:

—¡*Alleluia!*

* * *

Tres casas hay, pues, en la ciudad, parecidas, que no se parecen.

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.^o EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINUA.)

P. ¿Cómo bajó?

R. Con el alma unida á la divinidad.

P. ¿Y su cuerpo como quedó?

R. Unido con la misma divinidad.

Jesucristo no murió ni pudo morir en cuanto Dios, sino en cuanto hombre, lo cual quiere decir que el alma humana de Cristo se separó de su cuerpo; mas la divinidad quedó como antes, inseparablemente unida al cuerpo en el sepulcro y á el alma en los infiernos.

Para hacernos entender esta verdad, los teólogos se suelen valer de esta comparación: «Figurémonos, dicen, un hombre que tiene una espada metida en su vaina.» Aquí hay tres cosas: *vaina, espada y hombre*, y forman sólo dos uniones: una, la de la espada con su vaina; otra, la del hombre con la vaina y espada. Desenvaina el hombre la espada, y ésta queda en una mano, y en la otra la vaina. ¿Hay